

EL MUNDO DESPUÉS DEL ATENTADO TERRORISTA. 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001

Sebastián Ruiz¹

Introducción

Es cierto que la visión imperial del ataque preventivo unilateral, del desconocimiento de la Cancillería norteamericana al veto del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, del axioma fundamentalista “ellos o nosotros” aparece en toda su dimensión como consecuencia del trágico atentado terrorista del 11/9, perpetrado en la Capital financiera y militar del mundo, Nueva York y Washington, Walls Strett y el Pentágono, respectivamente, iconos del orgulloso liderazgo estadounidense.

El gigante victorioso de la Guerra Fría aparecía humillado en su propio territorio, ante la mirada atónita y perpleja de una humanidad que contemplaba en vivo y en directo por televisión y desde los lugares mas recónditos del planeta la fotografía del horror en el que miles de hombres perdieran sus vidas mediante un certero ataque de un enemigo sin rostro, sin misiles y utilizando la propia línea aérea del estado agredido.

Nunca antes el pueblo estadounidense, provisto de un sistema de defensa que en tecnología y presupuesto supera largamente al de todos los estados que le siguen en importancia juntos, había sentido tanta inseguridad y sentimiento de vulnerabilidad. Nada aparece como comparable en la historia norteamericana, ni el ataque japonés en las costas de Pearl Harbor, en donde, a diferencia del atentado terrorista, se conocía al agresor y la respuesta inmediata fue muy cruenta pero eficaz, no así, sin embargo, el bombardeo a Afganistán o la posterior invasión a Irak, en la que miles de víctimas inocentes no aseguran la destrucción del elusivo enemigo, mas bien daría la sensación de haberse constituido en la antesala para una nueva operación terrorista.

El fenómeno del terrorismo mundial rompe con la lógica tradicional del equilibrio del poder buscado entre los estados como forma de gestionar y alcanzar la seguridad colectiva. En el mundo post guerra fría, en la era de

¹ Profesor Adjunto de la Cátedra “A”, Historia Constitucional Argentina de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y Políticas de la U.N.N.E.

la globalización, la seguridad de los estados no solo encuentra su principal amenaza en el poder de destrucción del otro estado, sino en la violencia social impulsada por un mundo de fuertes asimetrías e injusticias y encarnadas confusamente por el terrorismo internacional. Se trata de un enemigo sin residencia fija y sin rostro, que se moviliza con gran dinámica, que se financia oscuramente usando para sus fines todos los circuitos formales e informales y que si bien no tiene un enemigo territorial determinado, circunscribe y delimita su campo de acción militar, sus objetivos estratégicos, en la geografía de la primer superpotencia y en la de todos sus aliados históricos o coyunturales, básicamente, los estados del área occidental.

Esto nos lleva al planteamiento del problema y a la búsqueda de respuestas mediante la formulación de algunos interrogantes: ¿cuales son las causas que explican la existencia de este nuevo flagelo universal?; ¿de donde surge y como se explica ese odio exterminador hacia la potencia líder del mundo en la actualidad?; ¿es suficiente, la afirmación de que se trata de grupos fundamentalistas islámicos hostiles a los valores de occidente y que plantea un “conflicto de civilizaciones?”, como afirma Huntington; ¿que relación guarda la acción terrorista con los siglos de opresión cultural del islamismo?; ¿que relación guarda con la conducta hegemónica practicada por la superpotencia a través de sus innumerables “intervenciones territoriales”, de naturaleza política, militar o económica, siempre llevadas a cabo bajo el escudo protector de la preservación de los valores democráticos, de la libertad y de los derechos humanos de los pueblos y, de igual modo, siempre teñida de intereses expoliatorios de la riqueza de otros estados y en los últimos tiempos con fuerte olor a petróleo?; ¿que relación guarda la violencia terrorista, en definitiva, con la realidad de un mundo profundamente asimétrico, en el que una minoría vive en la opulencia y la inmensa mayoría lo hace sumida en la pobreza y la exclusión?; ¿el atentado terrorista del 11/9 altera la lógica militar de la guerra fría?; ¿se puede combatir al terrorismo internacional en soledad desde la indiscutible hegemonía militar de los EE.UU. o se impone una acción coordinada entre los distintos estados como estrategia para la preservación de la seguridad y la paz planetaria?

¿Huntington y Fukuyama o la violencia que engendra la pobreza y las intervenciones militares de EE.UU.?

Intentaremos desarrollar algunas ideas a modo de respuestas. Creo conveniente comenzar por la obra del profesor estadounidense Samuel P.

Huntington², publicada poco después de la mitad de la década de 1990. Esta preferencia no surge por mero capricho o antojo, sino en el entendimiento de que **al igual que el libro de Francis Fukuyama**³ que nos hablaba, luego de la caída del muro de Berlín, del fin de la historia para justificar la preeminencia y hegemonía de EE.UU. como país rector del capitalismo en el diseño de un nuevo orden mundial, presentado como una pax americana similar a la vieja pax romana que en época del emperador Augusto, en el antiguo mundo, permitió que Roma impusiera su dominio absoluto durante dos siglos, **el libro de Huntington, encuentra en el choque de civilizaciones**, en especial entre el islamismo y la civilización occidental, el eje explicativo de las tensiones del mundo ya apagada la guerra fría y detrás de ese enfrentamiento la misma preocupación por poner en evidencia el rol hegemónico de EE.UU., en la lucha por la preservación de los valores occidentales, inspirados en la libertad, la democracia, el estado de derecho y el progreso, contra la cultura medieval, oscurantista y de fundamentalismo teocrático propia del mundo islámico.

El vaso comunicante de ambas “doctrinas” de inspiración norteamericana lo hallamos en el hegemonismo asignado a EE.UU. y su rol de gerente y policía en el nuevo orden mundial habida cuenta su condición de triunfador en el sordo conflicto de la guerra fría. Constituyen sólidas columnas de difusión ideológica de la visión del mundo unipolar con hegemonía norteamericana.

La tesis de Huntington, como antes la de Fukuyama, va a tener muchos seguidores desde adentro y desde afuera del país del norte. Esta idea resulta alimentada y fogoneada por aquellos **líderes occidentales** que se niegan a examinar y encontrar respuestas a problemas de fondo como el de las grandes desigualdades e injusticias existentes en las relaciones internacionales y la crisis de un capitalismo que a pesar del gran desarrollo tecnológico y productivo no satisface las demandas de más de las 2/3 partes de la población mundial; también por los **líderes norteamericanos** que para justificar su visión hegemónica y de policía del mundo necesitan reemplazar al derrotado enemigo soviético por otro enemigo; de igual modo y como el otro brazo de la misma pinza, **por los propios extremistas islámicos** que para justificar sus actos criminales necesitan demonizar todo lo que se relacione con occidente; sin omitir dentro de sus adherentes a quienes desde el mundo de las necesidades y privaciones,

² Samuel P. Huntington *El Choque de las Civilizaciones* (editorial Piados, Buenos Aires, Argentina, 1997, 442 págs.).

³ Fukuyama, Francis, *El Fin de la Historia*, editorial Planeta, 1ra. Reimpresión, mayo de 1992, Buenos Aires, Argentina, 447 págs.

desde el subdesarrollo, nos hablan del realismo periférico y de la adscripción a la resignada visión del pensamiento único que tan fuertemente se arraigara en nuestro país para sostener y aplicar las políticas neoliberales asentadas en la noción fundamentalista y mágica del mercado y del estado ausente que tan dócilmente se impusiera en la década final del siglo XX.

El eje de los conflictos post Guerra Fría, para el pensamiento de Huntington, se habría desplazado de lo ideológico, político y económico hacia el roce o conflicto originado en las distintas civilizaciones. En el nuevo mundo la política local reflejaría la política de la etnicidad, mientras que la política global sería la política de las civilizaciones. El mensaje subyacente, no explícito, es la supremacía de la civilización occidental y la función garantista de EE.UU. en la imposición de los valores de la modernidad.

Esta visión pareciera haber sido la rectora en la política exterior de los Estados Unidos si revisamos su actuación en los sucesos del Golfo Pérsico, de los Balcanes, de Afganistán y respecto del reciente ataque y presencia militar en Irak, no obstante el oportunismo de funcionarios y políticos norteamericanos que al percibir, inmediatamente después de los atentados del 11/9, la inconveniencia de apoyarse en las razones de Huntington ante la necesidad de establecer una base en Pakistán, Arabia Saudita y en los demás Estados islámicos aliados de Estados Unidos y en general del mundo occidental como Turquía, Jordania, Egipto, Túnez y Marruecos-, quienes, ante un planteo de naturaleza étnica, fácil es suponer que reaccionarían frente a una generalización que “invite” a una cruzada contra la civilización islámica, máxime si se tiene presente el aún vigente conflicto por la cuestión palestina y la alianza de los EE.UU. con Israel a pesar de su abstención en el tema militar sostenida básicamente por la notable superioridad armamentística del estado judío.

Huntington al definir a la civilización como un grupo social cuya identidad cultural condiciona su identidad política, diferenciándose de otras civilizaciones, pone en duda el papel decisivo que aun mantienen los estados nacionales como actores principales en las relaciones internacionales.

Creo que allí se halla uno de los aspectos más vulnerable de su teoría. En efecto, la nación es una categoría histórica y como tal puede no existir en el futuro, como de hecho no existió hasta el siglo XVI y XVII, cuando se pasa de la atomización y fragmentación del poder típica del medioevo a la aparición de las monarquías absolutas europeas. Sin embargo, aún hoy y no obstante la globalización, la nación y los estados nacionales siguen siendo categorías históricas plenamente vigentes. Mutables, adaptables en el marco de la ten-

sión dialéctica que genera la globalización, pero, no obstante, constitutivas de una realidad en pleno funcionamiento y desarrollo. Siguen siendo los estados nacionales los que defienden su identidad y sus propios intereses económicos, no así respecto de las otras naciones, a pesar de los beneficios indirectos que por extensión se produce entre los estados naciones integrantes de un bloque regional en esta nueva tendencia a la conformación de comunidades integradas regionalmente.

Es la nación en su sentido no esencialista, ni eterna, sino dialéctica e histórica. Existen muchas naciones multiétnicas, por ejemplo, Estados Unidos que integra y contiene geográficamente a las más diversas etnias y civilizaciones, entre ellas la islámica, sin embargo, el norteamericano sigue siendo nacional de los E. E. U. U. El dato común, identificador, sigue siendo la condición nacional y no el civilizatorio o étnico, mas allá de las tensiones de naturaleza étnicas que con mayor rigor se manifiestan en algunos estados nacionales, respecto de otros. Es por ello que la tesis de Huntington lejos de aportar luz al complejo mundo actual, lo oscurece al ocultar su esencia.

Afirmar que en el conflicto de civilizaciones se halla la explicación a las tensiones post Guerra Fría, aun cuando en ocasiones pueda ser parcialmente cierto, no pareciera brindarnos el carácter sustantivo para comprender la naturaleza de las crisis en el marco de la globalización.

Un mundo cargado de asimetrías e injusticias en los que la generalización de la pobreza y la exclusión se acentúa en los estados subdesarrollados y la opulencia se concentra en algunos pocos; la crisis del capitalismo, que se manifiesta en crisis de demanda, en la falta de capacidad de consumo de inmensas mayorías frente al irónico paisaje de opulencia tecnológica nunca antes conocido por la humanidad; el recurrente intervencionismo de E. E. U. U. sobre otras naciones para imponer sus propios intereses si fuera necesario pistola en mano; las tensiones internacionales en las conflictivas relaciones desarrollo – subdesarrollo, no solo nos brindan datos de gravitación que no pueden ser soslayados para entender los conflictos del mundo globalizado, en cuyo trasfondo subyacen y conviven las diversas civilizaciones, sino que, además, nos proporciona elementos vitales para entender el fenómeno de la violencia social y la presencia amenazante del terrorismo internacional.

Veamos sino la violencia implícita que surge de un dato aterrador que nos brinda Naciones Unidas dando cuenta que los ingresos en los países ricos en 1960 era de 37 veces mas que los países pobres y hoy es de 74 veces; o del que suministra el Banco Mundial al señalarnos que 1.200 millones de personas

diseminadas en distintos lugares del mundo viven con un ingreso inferior a un dólar diario; o la ignorancia de muchos pobladores afganos respecto de las razones de tantos bombardeos y tanta muerte por carecer de televisión y no haberse enterado del atentado a las Torres Gemelas, según informara una cronista de guerra enviada por el diario “La Nación” de Buenos Aires a la zona caliente de Medio Oriente, son estos, aspectos sustanciales que no pueden ser ignorados a la hora de examinar y entender la causa de los conflictos y la fácil propalación del terrorismo.

Algunas saludables voces autocríticas

Desde las columnas de prestigiosos medios gráficos estadounidenses como el *Washington Post*⁴ se señalaba con tono más sereno y reflexivo, con relación a las causas de los atentados del 11/9, que no se trataba de un ataque “contra la democracia o la civilización occidental, sino de un ataque contra Estados Unidos por razones específicas y rebuscadas que casi con seguridad tienen su origen en el Golfo” o desde el *New York Times*⁵ al reconocer que “Estados Unidos tiene una larga y calamitosa historia de tumbar gobiernos que no son amigos nuestros. Las repercusiones negativas de los golpes de Estado en Guatemala e Irán en época de la Guerra Fría todavía persiguen hasta el día de hoy”.

Joseph Nye⁶, politólogo de la Universidad de Harvard señalaba “...Los crecientes sentimientos antiestadounidenses en todo el mundo amenazan con privar al país del poder blando o atractivo que necesita para tener éxito en la lucha contra el terrorismo. Como lo ha demostrado Irak, el poder militar duro por sí solo no da soluciones...”.

Se podría dar otros tantos ejemplos que contribuyen a ponderar la preocupación y objetividad analítica expresada por algunos periodistas, académicos e intelectuales que han preferido el camino de la autocrítica, fundamentalmente respecto a la política exterior norteamericana. Destaca, **Pedro Brieger**⁷, citando un artículo del *New York Times*, que ha sido el propio ex presidente de los EE.UU., **Jimmy Carter**, quién ya en 1.989, visualizaba el eje generador del

⁴ *Washington Post*, 15/09/2001.

⁵ *New York Times*, Editorial/Op-Ed “Nation— Building in Afganistán”, 27/09/2001.

⁶ *Clarín*, “EE. UU pierde la batalla por las ideas”, 2005.

⁷ *New York Times*, 26/03/1989. Citado por Bill Thomson, “Combating Terrorism”, 12/11/2001.

terrorismo internacional, al afirmar que "...solo hace falta ir al Líbano, Siria o Jordania para ver el inmenso odio de la gente hacia Estados Unidos porque nosotros hemos bombardeado sin piedad y matado a gente inocente, mujeres y niños, campesinos y sus esposas... Como resultado de ello, para esa gente que esta profundamente resentida nos hemos convertido en una especie de diablo. Eso llevó a que tomen rehenes y eso precipitó algunos ataques terroristas".

Desde la visión del politólogo francés, **Alain Touraine**⁸, no solo en las intervenciones norteamericanas al Medio Oriente deben verse las causas de los atentados terroristas, lo que ha quedado en claro luego del 11/9 es el repudio que causa la extrema hegemonía ejercida por Estados Unidos sobre el mundo en general.

La modernidad y el islamismo no son incompatibles. un poco de historia

Las notables diferencias entre la civilización occidental y la islámica en lo referente a las libertades individuales, los derechos de la mujer y de los derechos humanos en general, no estuvieron exentas de las conocidas excepciones genocidas de Hitler y Mussolini y, además, fueron producto de un largo proceso histórico de secularización cargado de enfrentamientos y derramamientos de sangre hasta la aparición del Estado Moderno.

Como lo señala **Brieger**⁹ el siglo XX ha conocido varias y profusas masacres, como lo testimonia las cámaras de gas y el exterminio de un pueblo llevado a cabo por Alemania en tiempos de Hittler, las bombas que cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki exterminaron a mas de 300 mil personas con la finalidad de poner de rodillas a japoneses y alemanes y mostrar el enorme poderío tecnológico de Estados Unidos al por entonces enemigo de la Unión Soviética.

Estas imágenes, asociadas al reciente ataque a Afganistán y posteriormente a Irak, de igual modo que el atentado del terrorismo islámico a las Torres Gemelas, no pueden ser examinadas bajo la lupa reduccionista y simplificadora del concepto de "civilización o barbarie". La historia universal nos da

⁸ Alain Touraine, "La hegemonía de Estados Unidos y la guerra islamista", El País, 13.09.2001.

⁹ Pedro Brieger "Mundo Global ¿Guerra Global? Los dilemas de la globalización". pág. 112. Ediciones Continente/ Peña Lillo, Bs. As. Argentina, 2002, Cáp. VI.

sobrados testimonios de esta falaz y artificial dicotomía que esconde, en rigor, pretensiones hegemónicas y de dominación.

Nada indica que el Estado laico construido en medio de un largo proceso cargado de conflictos en occidente, no pueda ser, finalmente, incorporado a la civilización islámica. Más aun, el proceso de laicización se halla en marcha dentro del seno mismo de uno de los países más teocráticos como es Irán y con pleno desenvolvimiento a través de las conquistas en el proceso de modernización, vía reformas, que han tenido otros estados islámicos como, por ejemplo, Turquía. Todo lo cual echa por tierra la aseveración de Huntington de que el mundo islámico es una civilización monolítica, cerrada. Por el contrario, la realidad nos muestra que la religión musulmana y la modernización no son incompatibles, como bien lo señala Máxime Rodinson, orientalista francés, citado por el propio Huntington, quien afirma que, en muchos casos, el rechazo a la modernización por parte de los militantes islámicos es una forma de afirmar la identidad, y que en rigor constituye una búsqueda confusa de llegar a la modernización por un camino independiente. Sin embargo lo que fluye detrás del florecimiento del Islam junto con su inocultable cuota de irracionalidad, no es la vuelta al oscurantismo cavernario sino una forma trasgresora de asumir la lucha política. Concebir este rebrote islámico como una expresión meramente religiosa y no como una modalidad de lucha política frente a la dominación occidental sería simplificar el análisis y oscurecer la comprensión de lo esencial. Como bien lo afirma Carlos Zaffore:¹⁰ "...Hay, por cierto, manipulación y un uso de la religión islámica para fines políticos subalternos como ocurre con otras religiones y otras creencias. Hay islamistas de izquierda y los hay de derecha, hay quienes invocan el islamismo para sustituir a quienes detentan el poder y los hay quienes lo utilizan para afirmarse en él. Pero esos desvíos no son exclusivos de ellos..." El mismo autor, citando a Rodinson, afirma que "...así como en otra época se invocaba al socialismo, al nasserismo o al nacionalismo árabe, hoy se invoca al Islam para cuestionar la situación que viven esos países. Nasser no tuvo éxito y el socialismo perdió crédito después de la caída del Muro de Berlín, por eso, dice, se utiliza al Islam para convocar a la lucha contra la injusticia y contra la dominación occidental..."

Por otra parte, es bueno destacar que las formas de colonialismo y dominación asumida por occidente mucho tienen que ver con el atraso y la pobreza de las sociedades islámicas. Zaffore recuerda que "...En pleno siglo XX,

¹⁰ Carlos Zaffore, *La Argentina y la Segunda Muerte de Aristóteles*, Editorial Métodos S. A, Buenos Aires, Argentina, Cap. III, pág. 36.

cuando estaba en marcha el proceso de descolonización, muchos autócratas violadores de derechos humanos fueron impuestos en los Estados islámicos por las potencias occidentales en operaciones que olfan a petróleo. Los mismos talibanes recibieron apoyo norteamericano con motivo de la retirada soviética de Afganistán”. Mas adelante agrega: “...No hay que buscar en el Corán una explicación de esta lucha. Rodinson... asegura que el Corán es sumamente flexible, sobre todo porque el Corán requiere de interpretaciones, para dar apoyo a veces a posiciones pacifistas y a veces a posiciones belicistas y para encontrar en él argumentos favorables a posturas políticas diversas y aún antagónicas. El trasfondo de la explicación del conflicto no está ni en las diferencias de religión ni de civilización, como cree Huntington, está en los graves problemas económicos, sociales y políticos, los mismos que enterraron la teoría del fin de la historia”.

La historia del Islam no nos ofrece elementos como para no poder vislumbrar un próximo paso a la modernidad, a la separación de la política de la religión, a la secularización. Así lo percibe claramente Carlos Zaffore¹¹: “...El Islam, desde que Mahoma saliera de la Meca hacia Medina, por varios siglos tuvo una formidable expansión: ocupó la península arábiga, el norte de África, España y avanzó sobre Europa hasta que fueron contenidos por el monarca franco Carlos Martel cerca de Poitiers. No había en ellos menos modernidad que el oponente franco. Por el contrario, llevaron a Europa la filosofía, las artes y las ciencias, y como es consenso entre los historiadores aventajaban al resto del mundo en matemática, cartografía y medicina. Es decir, no hay en la esencia del islamismo algo que impida la modernidad”.

El terrorismo internacional quiebra la lógica militar de la guerra fría

La lógica del poder asentada sobre la capacidad destructiva o militar y de alineamientos ideológicos de los bloques en pugna, típica de la guerra fría, al desaparecer la otra parte de la contienda, se debilita claramente. Existe una potencia con pretensiones hegemónicas, con inobjetable predominio en cuanto a la posesión de armamento nuclear. **Pero no es la única. Tampoco son tiempos de alineamientos ideológicos. Hoy son varios los estados con capacidad militar nuclear**, con lo cual la supremacía indiscutida norteamericana no alcanza a jugar un rol hegemónico al carecer ahora de la autoridad necesaria para bloquear o impedir la existencia de otros estados con presencia

¹¹ Carlos Zaffore, ob. cit., pág. 35.

nuclear amenazante. **La lógica de la paz por preservación mutua del mundo bipolar solo cambia por la ampliación de sus actores.**

Esto no implica la ausencia de conflictos o guerras localizadas o “limitadas” en términos de **Henry Kissinger**, pero sí el mantenimiento o la perdurabilidad de las condiciones que tornan inviable la guerra entre los estados. **El mundo signado por la paz sigue siendo una condición y cualidad de nuestros tiempos en la era global** aunque la presencia nuclear se haya extendido a otros actores y no obstante que de un reciente informe de Naciones Unidas se haya señalado que la erosión del régimen de no proliferación pueda hacerse irreversible y derivar en una cascada de proliferación; y aun, aunque exista en la actualidad, en la opinión de **Jimmy Carter**¹², ex presidente de EE.UU., grandes arsenales en estado de alerta con potencialidad como para generar un holocausto global como consecuencia de errores o de malas evaluaciones, como lo era durante la Guerra Fría.

Es que, paradójicamente, esa proliferación y suma de actores nucleares, junto con la peligrosa tensión que supone la expansión de las armas de destrucción masiva, marcan también el equilibrio respecto al terror e irónicamente las mejores condiciones para – ante la inexistencia de un hegemon con autoridad suficiente para el detente – modificar la tendencia nuclear y avanzar progresivamente y de manera coordinada hacia el sentido inverso, es decir una no proliferación efectiva y real asentada en el principio común de autopreservación de los estados frente al mayor peligro que supone el vertiginoso crecimiento destructivo y el riesgo latente de su descontrol, error o mala evaluación.

Esto solo resulta viable ante lo que podría llamarse la **proliferación del terror equilibrado**, esto es, ante una clara tendencia multipolar en la que la prudencia y el detente se imponga como consecuencia del equilibrio destructivo amenazante.

Por otra parte, como bien lo afirma **Joseph Nye**¹³ “...si bien ha desaparecido la amenaza a la seguridad común de la Unión Soviética, tanto los EE.UU. como Europa afrontan una nueva amenaza común: **el terrorismo transnacional**. Para combatirlo es necesario mancomunar los datos obtenidos por los servicios de inteligencia, la labor policial transfronteriza y el rastreo de las corrientes financieras...”. Y está claro que la amenaza no se limita, ni circunscribe a los EE.UU. y la UE, se extiende a todos los países del mundo,

¹² *Clarín*, 03/04/05, pág. 34.

¹³ *Clarín*, “La Era Bush y la gran Europa”, 30/05/2004.

fundamentalmente a los estados occidentales, razón por la cual en la política de coordinación y de inteligencia es necesaria la participación y colaboración de todos los estados, la que solo puede funcionar en el marco de la mutua confianza y la credibilidad.

Conclusiones

El hecho criminal y aberrante del 11/9, sin embargo, puso en evidencia, irónicamente, que **el terrorismo internacional**, por su modalidad operativa y las profundas causas en las que se asienta y de las cuales emerge, **no podrá ser combatido ni exterminado por la superpotencia en soledad, aisladamente, necesita para ello del concurso y colaboración del resto de los estados.** Su organización en forma de células, diseminadas en todos los países, sin territorio estable o fijo, mimetizados con la población del lugar y con facilidad de desplazamiento y movilización, con logística y redes de financiación de muy compleja y sofisticada identidad, exigen la colaboración coordinada de los estados en plural, el carácter escurridizo y oculto del enemigo "sin rostro" hace inviable su enfrentamiento en soledad.

De este luctuoso y lacerante hecho criminal debe atisbarse **algunas reflexiones a modo de conclusión.** La primera, examinando al terrorismo desde su costado estrictamente político, es la de que al ser una provocación genera una fuerte confusión respecto de sus propios objetivos de lucha política, consecuentemente produce reacciones que perjudican la causa que los terroristas afirman defender. Un ejemplo claro de ello es que la contrapartida norteamericana como reacción a los atentados terroristas del 11/9, provocaron la muerte y destrucción de otros miles de pobladores afganos, víctimas de los bombardeos estadounidenses y posteriormente de una mucho mayor cantidad de inocentes víctimas al haberse dispuesto el ataque, bombardeo y ocupación de Irak.

La segunda, es la de comprender que mientras la humanidad siga ampliando la brecha entre la opulencia y la pobreza, la violencia seguirá viva, latente. Y mientras desde la superpotencia se persista en las prácticas hegemónicas para imponer hábitos y culturas distintas, ya sea con poder duro o poder blando como sugiere *Joseph Nye*, o para transferir riquezas mediante intervenciones militares directas o encubiertas o apelando a entidades supranacionales para aplicar más sutilmente las viejas políticas de vasallaje del tiempo de las colonias, se exacerbarán las frustraciones y los resentimientos y se ensanchará

el espacio para el andar siniestro y oscuro del terrorismo internacional. Como tan claramente lo señala **Paul Krugman**¹⁴, prestigioso autor de varios libros, columnista de *New York Times* y varias veces candidato al premio Nóbel de Economía, haciendo referencia a lo que denomina la “doctrina Bush”, “...Está claro que tomaron el 11 de septiembre para implementar una política exterior que no tiene nada que ver con el terrorismo. Y lo unieron a una visión de los Estados Unidos gobernando el mundo...” Sin embargo, la ampliación de los actores internacionales con roles protagónicos, ubicados en la primera línea de las decisiones, compitiendo en un marco de cooperación recíproca que asoma como tendencia post guerra fría al superarse las barreras ideológicas; y la solución a la crisis del capitalismo encerrado en la ironía de la generalizada ausencia de consumo en la era del gran desarrollo tecnológico y financiero, constituirán, seguramente, las mejores armas para combatir el terrorismo internacional y construir una paz planetaria mas estable y segura.

La tercera, es que, a juzgar por los hechos posteriores a los atentados, no basta la capacidad defensiva-ofensiva militar ostensiblemente superior en lo tecnológico y presupuestario de la primer potencia mundial, se impone como acción contraterrorista la acción coordinada y de inteligencia preventiva practicada por todos los estados, **aun los mas débiles**, capaz de terminar con los intrincados circuitos en los que se oculta el terrorismo internacional.

La cuarta es que para que esta acción antiterrorista sea eficaz, debe ser correctamente planteada, de lo contrario puede llegar a tener un efecto, de igual modo que la provocación terrorista, opuesto al deseado. El combate al terrorismo internacional no debe ser utilizado como un nuevo instrumento de dominación para la consolidación del mentado “nuevo orden internacional”, como lo constituyera el ataque a Irak en el que se mezclara la acción contraterrorista con intereses geopolíticos y con fuerte olor a petróleo. Es bueno aquí tener presente lo que fuera tan bien sintetizado por **Joseph Nye**¹⁵ “...La mundialización económica y social produce semejanzas superficial en los logotipos de las camisetas y en las marcas de refrescos, pero seguirá existiendo una diversidad cultural subyacente”.

El contraterrorismo debe ser planteado en el marco de la legalidad, agotando todas las acciones de inteligencia, preventivas, económicas, diplomáticas y políticas, con mucha decisión y energía pero a la vez con mucha prudencia y

¹⁴ *La Nación*, 18/04/2004, pág.6, sec. Enfoques, Entrevista a Paul Krugman: “Las Políticas de Bush son deshonestas”.

¹⁵ *Clarín* “Menos poder para EE.UU.”, 2004.

sin caer en el facilismo ineficaz de la provocación sin límites y con confusos objetivos que lejos de apaciguar no hacen sino recrear las condiciones para nuevos atentados. La acción, además, debiera ser coordinada, mediante la formación de una sólida coalición internacional con activa participación de sus miembros, para lo cual resulta sustancial lograr un fuerte consenso entre los distintos actores de la comunidad internacional, lo que solo ocurre sobre la base de la confianza y el común respeto entre los pueblos. Es decir, hacer todo lo contrario de lo que ha hecho la política exterior norteamericana y el gobierno de George W. Bush como respuesta a los atentados del 11/9. Sin embargo, desde la opinión de brillantes intelectuales estadounidenses que examinan críticamente la política exterior de su país empieza a vislumbrarse un camino diferente, signado por el respeto a lo pueblos y la construcción de un mundo multipolar.